

La *Ilíada* a la hora del aperitivo



Quest'opera è stata tradotta con il contributo del Centro per il libro e la lettura del Ministero della Cultura italiano.

Esta obra ha sido traducida con la ayuda del Centro del Libro y la Lectura del Ministerio de Cultura italiano (CEPELL).

Todos los derechos reservados.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Título original: *Gli dèi alle sei. L'Iliade all'ora dell'aperitivo*

En cubierta: ilustración © Carolina T. Godina

Diseño gráfico: Gloria Gauger

© Giunti Editore S.p.A. / Bompiani, 2023

Florenca – Milán

www.giunti.it

www.bompiani.it

© De la traducción, Ana Romeral Moreno

© Ediciones Siruela, S. A., 2024

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid. Tel.: + 34 91 355 57 20

www.siruela.com

ISBN: 978-84-10183-32-2

Depósito legal: M-13.051-2024

Impreso en Cofás

Printed and made in Spain

Papel 100% procedente de bosques gestionados de acuerdo con criterios de sostenibilidad

Giovanni Nucci

LA *ILÍADA*
A LA HORA DEL APERITIVO

Traducción del italiano de
Ana Romeral Moreno

 Siruela

El Ojo del Tiempo

Índice

PRIMERA PONENCIA	17
El inicio	17
El huevo de Némesis	22
La líquida belleza de Tetis	25
Guerras y matrimonios	27
Un almuerzo diplomático	34
Un antecedente donde nada sucede	39
Aquiles	42
Una clara visión de futuro	45
Volver al colegio	51
Matar a un niño	56
Artemisa	59
Discusiones inútiles	66
Apolo	68
Iluminar lo oscuro	72
Hermes y las vacas de Apolo	75
SEGUNDA PONENCIA	83
El sueño de Agamenón	83
La elección de Paris	86
El deseo y la belleza	88
Afrodita	92
Psique	95
Una suspensión de la historia	97

La guerra y la Necesidad	99
La otra mitad de la guerra	105
El campo	111
La lucha, la fuerza y la guerra	112
Héctor	115
Atenea	117
La belleza y el control	121
Ser héroes	124
TERCERA PONENCIA	135
Dinámica de la batalla	135
La suerte	138
Hera	143
De matrimonios y estabilidad en el mundo	148
Luminosa seducción	152
La familia y la construcción	159
El mar del color del vino	164
Océano, el inconsciente, lo profundo	167
Aquiles y Agamenón	168
El mar, Tetis, la madre	171
El héroe líquido	176
Ver lo eterno	180
El soplo	183
CUARTA PONENCIA	189
Tramas y finales	189
Patroclo	192
La amistad	195
Yo no soy yo	199
Lo que falta	202

La fuerza	207
El cuerpo muerto de Patroclo	211
La tierra baldía	216
QUINTA PONENCIA	229
Psique	229
La belleza de Perséfone	232
Hades, lo profundo	236
Palabras, estrellas y planetas	239
Los cuerpos, la muerte	245
El sueño	246
El alma	251
La mirada del padre	254
Hermes	259
La poesía	265
<i>Nota del autor</i>	275
<i>Las principales fuentes antiguas y otras referencias literarias</i>	279

«Las almas huelen al bajar al Hades».

HERÁCLITO, A47

Tenemos una imagen de los dioses como si lo observaran todo desde lo alto, desde lo alto del Olimpo, mientras toman el aperitivo; como si estuvieran en el cine viendo cómo combaten los héroes en la llanura delante de Troya y comentaran, y tomaran partido por uno u otro, interviniendo de vez en cuando y moviendo desde allí los hilos de dichos héroes, piezas en un tablero, un videojuego. Y no creo que sea la imagen adecuada, sino más bien al contrario.

En este sentido, es bastante conocida la historia de Goffredo Mainardi, que fue a París a impartir una serie de ponencias sobre la *Ilíada*, en el Collège de France. Y allí, casi de casualidad, después de tantos años, se habían vuelto a encontrar. No tardaron mucho en comprender que lo suyo había sido, desde siempre, algo más que una simple amistad. Quizá lo supieran, pero ahora aquel amor, precisamente por no haberse materializado ni desvanecido a lo largo del tiempo, salía a la luz en todo su ligero esplendor.

Por aquel entonces, ella disfrutaba de una vida plena, aunque ajetreada. Se había casado con un respetable político, así que ejercía de mujer del respetable político. Pero digamos que tenía también sus aficiones, y para satisfacer dichas aficiones había acabado en París, donde

se había enterado de las ponencias que iba a impartir Mainardi en el Collège de France. Así que había ido a la Place Berthelot y se había presentado ante él como si no hubieran pasado treinta años.

Creo que el suyo era uno de esos casos en los que a un gran amor no se le ha dado ninguna oportunidad. A lo largo de todo ese tiempo se habían visto varias veces, pero cada vez, por un motivo o por otro, por ella o por él, se habían cruzado, casi rozándose, para después seguir cada uno su camino. Así, aunque a ojos de ella él siguiera siendo un viejo amigo con una vida bastante complicada, aquellos aires de intelectual despistado contrastaban enormemente con la rutilante y lujosa realidad del mundo político.

En cuanto a él, como suele pasar con los hombres, había sido todo mucho más fácil. Cuando la vio entre el público le pareció bellísima, y se había quedado obnubilado, iluminado. En ese momento, su discurso dio un giro inesperado: había decidido ofrecer una lectura romántica de la *Ilíada*.

Al parecer, él había ido a buscarla, teniendo claro que volverían a verse. No era necesario pedirlo, bastaba con hacerlo. Ella le había dicho que sí sin dejar de mirarlo y luego, al quedar con él para esa misma tarde, simplemente había añadido: «Ahora la pregunta es: ¿quién nos prepara el *gin-tonic*?».

Era una pregunta crucial. Y me imagino que fue así como surgió esta historia de los dioses a las seis. Porque, a

partir de entonces, en los días sucesivos, además de todo lo que les ocurría a lo largo del día, cada tarde se veían para tomar el aperitivo en el pequeño y elegante hotel donde ella se alojaba. Por lo demás, es lo que había, pero el *gin-tonic* de las seis los trasladaba a la corriente de aquella historia tan inalcanzable, pero igualmente inmensa.

Y entonces él le había hablado de Auden y Kallman, de cómo pasaban buena parte del verano en Isquia, donde cada día tomaban dos veces el aperitivo (*twice*, que dirían ellos): a las seis y después, de nuevo, a las siete. Y así, mientras pensaba en Auden, en la poesía y en aquella suspensión, por muy fuerte que en esos momentos sintiera su amor por ella, le había parecido que la corriente de lo divino se apropiaba de lo que les estaba pasando. Si había sido así para Auden y Kallman en Isquia, que en los años cincuenta debía de ser un lugar maravilloso, lo sería también para ellos en esos pocos días que les habían concedido.

Pues bien, imagino que sus ponencias en el Collège de France se basaron en el supuesto de que los dioses participan, a menudo de manera insospechada, en nuestras vidas. Mainardi estaba convencido de que teníamos que cambiar nuestra forma de pensar en lo divino: los dioses no observan desde lo alto cómo combaten los héroes mientras ellos toman el aperitivo, sino que participan en sus combates, los acompañan, están dentro de ellos, hacen que se piense en ellos convirtiéndose en sus comportamientos más profundos. Al igual que Dionisio y Afrodita se habían adueñado del *gin-tonic* que tomaban, cada tarde, a eso de las seis, antes de dar una vuelta

juntos por la ciudad, en aquel hotelito frente a la isla de Saint-Louis.

No hay duda de que el *gin-tonic* tiene en sí mismo algo trascendente. Pues bien, es ahí donde hay que ir a buscar.